



Tiene usted en las manos una singular guía ilustrada con la que recorrer la provincia de Badajoz en busca de fantasmas espeluznantes, doncellas hechizadas, castillos derruidos, tesoros ocultos, luces extrañas y aguas mágicas.

Dentro de estas páginas encontrará veinticinco lugares encantados reunidos en cinco rutas secretas con las que descubrir una tierra legendaria.

Atrévase a abrir el candado que encierra viejos mitos y leyendas y viaje a lomos de la magia.

Bienvenido a la tierra de lo imposible.





RUTAS MÁGICAS
POR LA PROVINCIA DE

BADAJOZ







RUTA DE LAS FUENTES MÁGICAS

1. La sirena de la fuente Vieja. **Talavera la Real** (pág. 11)
2. La Encantamenta del manantial de El Buen Cristiano.
Valle de la Serena (pág. 14)
3. El caño La Negra. **Almendralejo** (pág. 20)
4. La fuente de la Velasca. **Cabeza del Buey** (pág. 23)
5. La moracantana de la fuente de La Luná. **Usagre** (pág. 26)

RUTA DEL AGUA ENCANTADA

6. El Encanto de El Castañar. **Villarta de los Montes** (pág. 31)
7. El charco de Aldonza. **Villalba de los Barros** (pág. 34)
8. La laguna de Las Encantás. **Montijo** (pág. 38)
9. La laguna de Los Santitos. **Magacela** (pág. 41)
10. La sirena del Guadiana. **Villanueva de la Serena** (pág. 46)

RUTA DE LOS CASTILLOS LEGENDARIOS

11. La Torre Sangrienta. **Jerez de los Caballeros** (pág. 51)
12. La contadora de estrellas. **Segura de León** (pág. 54)
13. La Búha. **Orellana la Vieja** (pág. 57)
14. El becerro de oro. **Burguillos del Cerro** (pág. 61)
15. La Zaragutía Mora. **Alconchel** (pág. 65)

RUTA DE LAS CRUCES SOBRENATURALES

16. Los fantasmas del convento San Juan de Dios.

Olivenza (pág. 71)

17. El monasterio de Tentudía. **Calera de León** (pág. 74)

18. El tesoro del Rey Jayón . **Fuente del Arco** (pág. 77)

19. La extraña muñeca. **Fregenal de la Sierra** (pág. 81)

20. El visitante del rostro quemado. **Zafra** (pág. 86)

RUTA DE LOS ENCLAVES FANTASMALES

21. El camino de la calavera. **Calamonte** (pág. 91)

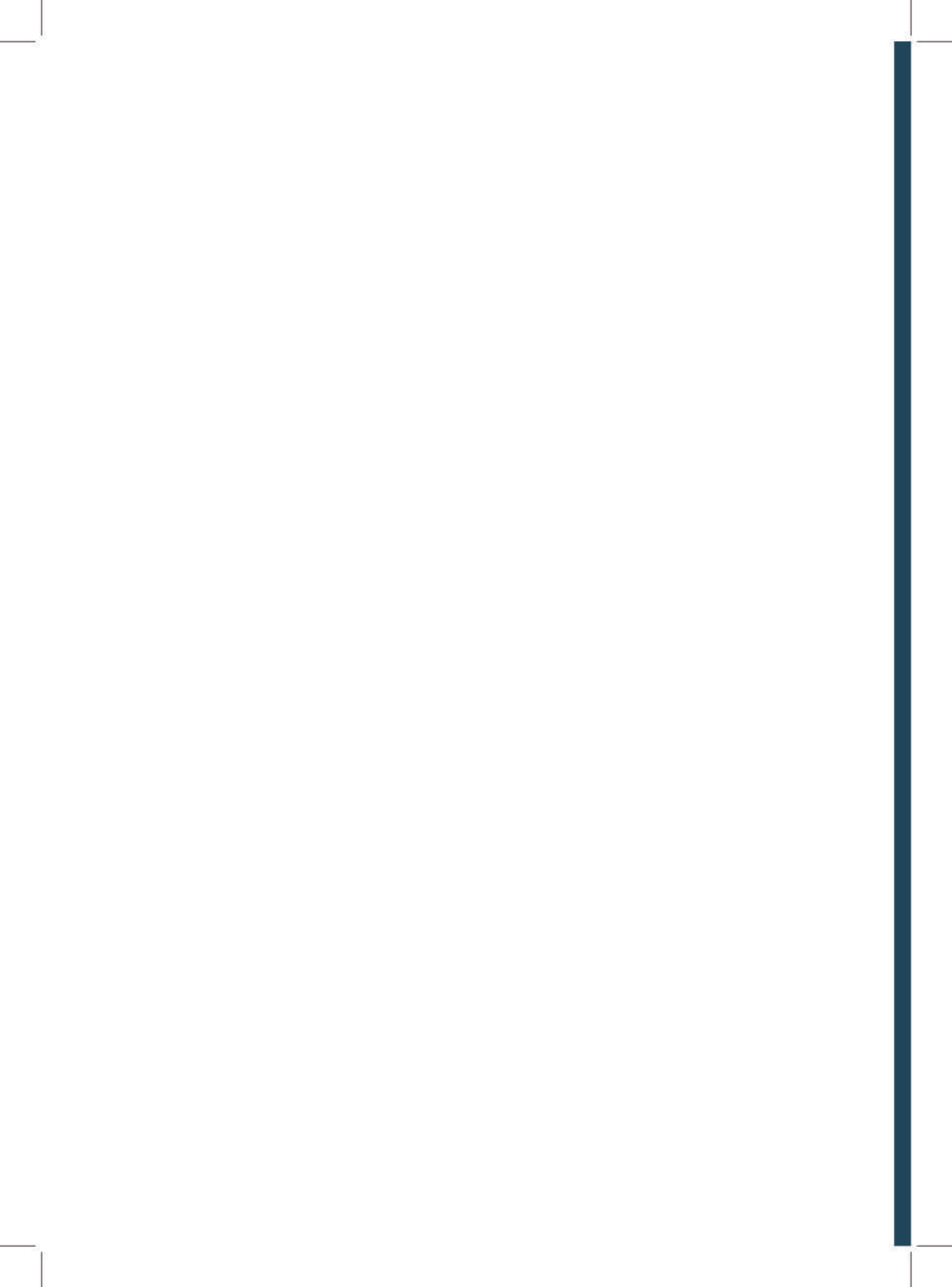
22. El molino de la tía Cabalganta. **Táliga** (pág. 94)

23. La casa del miedo. **La Codosera** (pág. 98)

24. El fúnebre canto del árbol de la muerte.

Garbayuela (pág. 102)

25. Los fantasmas del museo. **Don Benito** (pág. 104)





RUTA DE LAS

Fuentes mágicas





Es curioso que un lugar sin mar, como es la provincia de Badajoz, sea tan pródigo en sirenas. En fuentes, lagos o ríos, estos seres mitológicos asoman sus mágicas colas en cualquier pedazo de agua. Y si algo tienen en común muchas de estas fuentes es la historia de amor entre un cristiano y una mora. Un amor interracial al margen de credos y culturas que, aunque suele acabar de manera trágica, es la base de muchas de las leyendas que jalonan nuestros pueblos.



La sirena de la fuente Vieja



Talavera la Real

En el Camino Real que comunicaba Madrid con Lisboa, en la salida de Talavera la Real hacia Lobón, se encuentra, abandonada y arruinada, la fuente del Caballo, también conocida por los lugareños como la fuente Vieja.



El lugar cambia cuando comienza a descender el sol y la luz rojiza inunda los pastos y el campo circundante. Porque allí, como todos sabían, vivía una hermosa sirena que solo emergía de sus aguas para entonar bellas canciones al caer la tarde.

A veces, incluso cuando la noche cerrada impedía que nadie la contemplase, la sirena de la fuente Vieja regaba las huertas de los campesinos quienes, agradecidos, depositaban pescado en el brocal de la fuente como ofrenda para que la sirena se alimentara. Nadie dudaba así de su existencia, porque a la mañana siguiente del pescado solo quedaban las espinas.

Pero la sirena de la fuente Vieja no solo ayudaba a los hortelanos en sus faenas. Las mujeres embarazadas acudían todos los días, al atardecer, «a tirarle la piedra a la sirena», en un ancestral ritual relacionado con la fertilidad.

Y aún viven quienes recuerdan lo habitual que era que niños y niñas se acercaran a la fuente cuando el sol comenzaba a esconderse, para intentar vislumbrar a la sirena.



Hoy son pocos aquellos que se acercan, pero quizás por eso sea más fácil sorprenderla emergiendo de la fuente y vestida, tan solo, con los últimos rayos del sol.



La Encantamenta del manantial de El Buen Cristiano



Valle de la Serena

A su paso ente dos sierras cercanas a Valle de la Serena, el arroyo de El Buen Cristiano forma dos escarpas roqueras proclives a la leyenda.



Cuentan que en ese lugar, durante el segundo tercio del siglo XIII, vivía en una cabaña, un buen cristiano cuyos únicos tesoros eran una pequeña huerta y una bella hija tan cristiana como su padre, enamorada y correspondida por un apuesto joven del pueblo con quien estaba ya comprometida.

Pero un mal día, un viejo santón morisco apareció en la zona y, con malos hechizos y encantamientos, consiguió que la joven renunciase a su amado, a su padre y aún a su religión. Y una terrible noche la joven desapareció.

El joven enamorado, que salió en su búsqueda jurando no regresar sin ella, apareció muerto al día siguiente a los pies del manantial.



Al poco tiempo su padre murió de pena, y de su hija no volvió a saberse nada. Solo cuando ya habían trascurrido varias generaciones comenzó la leyenda.



Y es que en ese mismo lugar, y en las noches claras de luna llena, se escuchaban unos gritos lastimeros, unas veces semejantes a alaridos de fieras heridas y otras a lamentos infantiles.

El lugar comenzó a considerarse maldito y ella pasó a estar encantada. Un encantamiento que solo puede romper un galán soltero que llegue durante la noche y con la única intención de desencantarla, y que tiene que realizar tres llamadas desde una de las rocas.



La última vez que se intentó fue un fiasco. La Encantamenta apareció ante el predispuesto mozo con la apariencia de una anciana decrepita y deforme que de repente se transformó en una lozana joven de gran belleza que solicitó al joven que se lanzase tres veces consecutivas desde uno de los canchos hasta el suelo. La altura sobrepasaba poco más de una vara, por lo que el mozo no le concedió la menor importancia y realizó los dos primeros

lanzamientos sin mayores problemas. Pero al intentar lanzarse la tercera y última vez, se presentó ante sus ojos un tremendo precipicio y, acobardado, desistió. Una vez abandonada la empresa comprobó que la temida sima era solo una alucinación y que la altura era la misma que en las otras dos ocasiones.

Fracasada esta acción, la moza le dio una segunda oportunidad. Consistía en aguantar sin huir, también tres veces seguidas, la embestida de un pequeño becerro. Tampoco en las dos primeras veces hubo dificultad alguna, pero en la tercera embestida el becerrito se convirtió en un tremendo morlaco de afiladas astas que acosó con tal fuerza y peligrosidad al joven que, presa del miedo, huyó.

La paciente encantada dio una última oportunidad al mozo, mostrándole un segmento de hilo negro para ser ovillado antes de la salida del sol. Comienza el joven su tarea y el hilo parece no tener fin, ya que el ovillo alcanza el tamaño de una naranja y aún continúa saliendo. Sigue ovillando horas y horas, y ya el ovillo es del tamaño de una sandía y el hilo no termina. El sol está a punto de aparecer por encima de los tejados del pueblo, y el mozo abandona su trabajo y corta el hilo.

Entonces la Encantamenta pierde toda su apariencia adolescente y se muestra, de nuevo, como una vieja decrepita y fea que increpa al que pudo ser su definitivo amante con estas palabras:



- ¡Solo te quedaba media vara para terminar de ovillar y me quedas encantada para siempre!

En ese momento desapareció, justo cuando el sol salía iluminando el paraje de El Buen Cristiano.



Y dicen que el mozo murió de pena poco tiempo después y que el paraje sigue estando maldito y la Encantamenta sigue estando encantada, esperando al valiente que consiga redimirla de su eterna condena.



El Caño La Negra



Amendralejo

En la Plaza del Sol de Amendralejo, la Fuente del Caño ha vuelto a recuperar el agua y, con ella, la leyenda que le da nombre.



Cuenta la tradición que hace muchos, muchos años, vivía en el municipio una pareja de jóvenes enamorados formada por una mora y un cristiano.

Pero, como mandan los cánones de la tragedia, este amor no era aceptado por el padre del novio, que puso todos los impedimentos posibles a la relación.



Una noche, los enamorados, cansados de tantos enfrentamientos y esperando poder vivir su amor en libertad, deciden escaparse. Pero el padre del cristiano se entera de la noticia, corre en su búsqueda y, en el lugar donde hoy se alza la fuente, los encuentra.



Ciego de ira intenta matar a la muchacha, pero su hijo se interpone y recibe la fatídica estocada en el corazón. La muerte del hijo no aplaca la rabia del cristiano, que acaba también con la vida de la musulmana.

Cuenta la leyenda que los enamorados fueron enterrados en ese mismo lugar y que su sangre comenzó a manar de tal manera que hubo de construirse una fuente para contenerla. Uno de sus caños recibió el nombre de La Negra en recuerdo de la piel de la joven mora.



Una fuente que ahora, siglos después, ha dejado de manar sangre para manar agua, limpiando así la afrenta del cristiano que antepuso el odio al amor.

La fuente de la Velasca



Cabeza del Buey

Las aguas de la fuente de la Velasca (o de San Blasco como se la llamó en tiempos remotos) fluyen a la vera de la cañada del Moro, a la búsqueda del arroyo del Buey, discurriendo por una vaguada cercana a la ermita que entonces llamaban de San Blas y hoy de San Roque. Hay que salir por esta calle de Cabeza del Buey, cruzar la carretera y tomar un camino de tierra llamado Camino de la Velasca. Unos metros antes de llegar a la depuradora, sale un pequeño sendero a la derecha que lleva directamente a la fuente encantada.



El lugar es solitario y algo mágico, especialmente cuando el sol comienza a descender y los oscuros nubarrones anuncian tormenta sobre la sierra del Pedregoso.

En esta fuente encantada vive la Velasca, una reina mora condenada a bordar unas babuchas para el profeta Mahoma, pero con una labor tan minuciosa y delicada que afirman que tendrá tarea hasta el día del fin del mundo.

Y aún hay viejos romances que hablan de un pastor llamado Silvio, que pese a las advertencias que le hacen los más ancianos del lugar, permite que la noche lo sorprenda junto a la fuente. De repente, del pozo comienza a surgir una bruma y de la bruma la figura tumbada de una bella agarena que, con la media luna brillando en sus cabellos, dormita sobre una hermosa alfombra árabe digna de *Las mil y una noches*. A medida que la mora despierta de su largo sueño, su figura se torna cada vez más sólida y perfecta.

La encantada le suplica al pastor que la salve, entregándose a él. Le ofrece riquezas, amor y placeres, y el pobre Silvio, obnubilado por esos ojos negros, se arroja a los brazos de la bella mora. Su grito y su chapoteo desesperado en las oscuras aguas del pozo son los últimos sonidos que se escuchan en el silencio de la noche.



Desde aquel día, cuentan que en las noches de San Juan se escucha un irresistible canto de mujer que atrae la atención de los incautos que osan acercarse por la zona y los llama desde las aguas oscuras del pozo de la Velasca. Y se afirma que pocos han sobrevivido para contarlo porque, atrapados y trastornados por el encanto de su voz y la belleza de su figura, se ven impulsados a lanzarse tras ella a la quietud de sus aguas.



La moracantana de la fuente de La Luná



Usagre

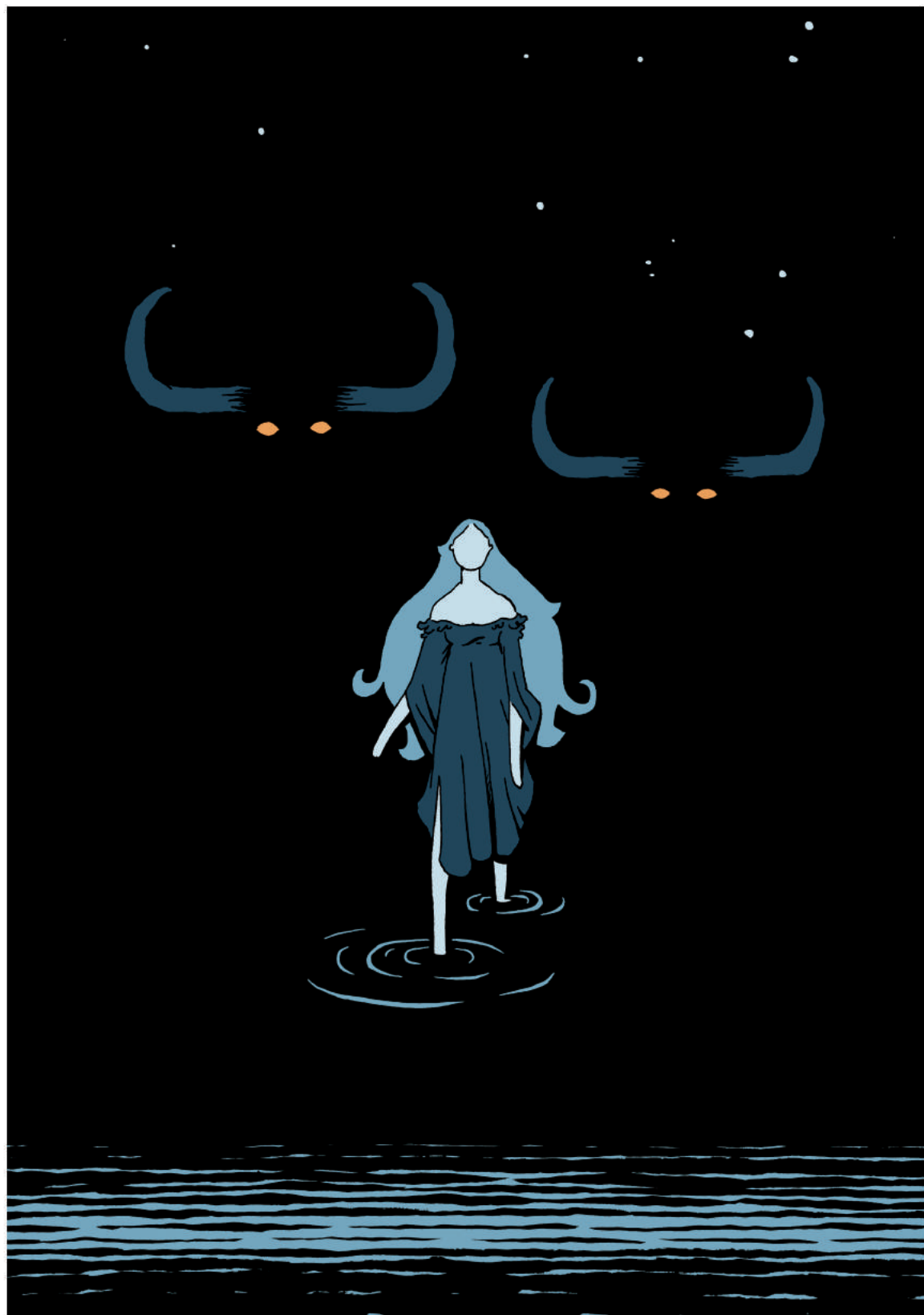
Uno de los lugares más sugerentes de Usagre es, sin duda, a la salida del pueblo, la fuente de La Luná. Un rincón mágico en el que se aúnan tradiciones y leyendas.



Y cuenta una de ellas que allá en la convulsa Edad Media, vivía en Usagre como alcaide de la ciudad un poderoso árabe que tenía siete hijos varones y una sola hija.

Su hija le era tan querida, que solo le permitía salir una vez al mes y siempre al mismo lugar: a un manantial que tenía el don de sanar a las doncellas heridas de amor, porque cada noche la luna se venía a mirar en sus aguas. A aquella fuente, el pueblo le puso un nombre que conserva hasta ahora: La Luná.

Pero la bella joven tenía un secreto, pues allí se reunía con su amor, un joven cristiano al que el alcaide ordena dar muerte en cuanto se entera de la relación. La desdichada se arroja entonces



a la fuente de La Luná, cuyas aguas se abren y se tragan a la bella mora que desde entonces se ve convertida en sirena y condenada a emerger de la piedra cada noche de San Blas, cuando el agua del manantial sirve de espejo a la luna. Y allí se acicala entonando dulces canciones, mientras peina sus cabellos con peines de plata y marfil.



Dicen que algunos años, cuando los vecinos de pueblo se han portado bien y entre ellos no ha habido ni rencores ni envidias, la sirena canta y canta oculta entre las mimbres y los juncos de la rivera. Sin embargo, otros años, cuando los vecinos del pueblo no se han llevado bien, la sirena se convierte en la Cantamora que, acompañada por dos toros negros, provoca la muerte de todo aquel que la ve.

También se esconde en la sombra de los pozos para asustar a quienes van a sacar agua, entra a los corrales del pueblo y hace que los gallos canten hasta quedar roncós, y, puente abajo, vierte sus lágrimas. Se dice que cuando esto sucede, los niños del pueblo se pierden en las orillas de la rivera y son atados por los limos verdes del agua hasta que sus padres piden perdón al vecino al que han ofendido.



RUTA DEL

A_{gua}
encantada





Tradicionalmente, el agua está relacionada con lo femenino, así como el fuego con lo masculino. El agua es considerada como un elemento de fertilidad: da la vida, al igual que las mujeres. Es posible que este vínculo se haya visto reforzado por el hecho de que la mujer da la vida desde el «agua», el líquido amniótico del útero. El agua es líquida, variable, curativa, portadora de vida, rasgos todos ellos tradicionalmente asociados con lo femenino. Muchas culturas, y la extremeña no va a ser menos, asocian el agua con la mujer, la mujer como mora encantada, espíritu o sirena.

Sin embargo, la mitología hace algo más que relacionar el agua con la mujer. En muchos mitos y leyendas el agua es una fuente de vida y un lugar de muerte. Estos mitos recurren a su naturaleza sensual para narrar historias. En algunos casos, lo sensual se personifica por el espíritu del agua, sirena, mora o encantada, que adquiere la forma de una joven y bella mujer que custodia eternamente el húmedo elemento.





El Charcón de Juan Palomo, la cueva Clara y el Encanto de El Castañar



Villarta de los Montes

Cuentan los ancianos que hace muchos, muchos años, en Villarta de los Montes habitaba una bella dama mora llamada Aixa, emparentada con el legendario califa Al-Bethad.



La bella agarena mantenía amores con un pastor cristiano llamado Juan Palomo, pero como su amor estaba prohibido por religión, raza y cultura, se reunían por las noches en el paraje de El Castañar. Allí se bañaban a la luz de la luna en las aguas límpidas y frías del Charcón y se refugiaban abrazados en la cueva Clara, llamada así por la existencia de una ventana natural que permite pasar la luz del sol a su interior.



Así pasaban las noches, entre amores y aguas, hasta que un amanecer de verano, decidieron refrescarse en una de las pozas y no volvieron a ser vistos jamás.

El cadáver del pastor apareció flotando en el charcón que actualmente lleva su nombre y a Aixa se la conoce ya como el Encanto de El Castañar, pues no son pocos los que afirman haber contemplado a una elegante dama de cabellos azabache deambular con la mirada perdida por estos verdes parajes.



Hay quien jura que al anochecer se escuchan en los alrededores lastimeros quejidos. Y también quien asegura haber visto el rostro descompuesto de la mora asomarse por la ventana de la cueva Clara.





El charco de Aldonza



Villalba de los Barros

En el castillo de La Vaguada de Villalba de los Barros vivía un joven llamado Hernán Galeas. Una mañana, mientras cabalgaba junto al río, se encontró con Aldonza, una joven pastora que cuidaba cabras y que vivía con su padre en una choza cercana.

La atracción mutua que sintieron hizo que el joven Galeas saliera todos los días a visitarla. Y tanto se repitieron estas visitas, que pronto quedaron ambos profundamente enamorados el uno del otro.



Pero tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe, y la extraña conducta de Galeas llamó la atención de Íñigo López de Mendoza, el Marqués de Santillana, quien pasaba largas temporadas en el castillo.

Decidido a desentrañar el misterio del anormal comportamiento de su amigo, decidió seguirle secretamente en una de sus escapadas

y así descubrió a la pareja de enamorados junto al río. Cuentan que aunque al principio la sorpresa fue mutua, pronto el marqués y la pareja formaron un trío de íntima amistad.



Esta felicidad se rompió un mal día con la llegada de un mensajero anunciando a Don Íñigo la obligación de presentarse en Guadalajara, pero como el marqués en esos momentos se encontraba muy enfermo, solicitó a su amigo Galeas que fuese en su lugar. Galeas no lo duda ni un momento y, ensillando su caballo, parte raudo hacia Guadalajara.

Pasan las jornadas y Don Íñigo se recupera. Sale a pasear y a visitar a Aldonza y, de tanto verla, hablarle y contemplarla, va enamorándose de ella. Incluso en uno de los encuentros se atreve a besar sus manos, aunque ella, enamorada de su Galeas, rechazó el acercamiento con prontitud.

Volvió Galeas del viaje y lo primero que hizo fue visitar a su amada. Caminó despacio, sin hacer ruido, queriendo darle una grata sorpresa, pero con gran asombro vio a través de las ramas a Íñigo y su querida pastora en íntimos susurros. Apesadumbrado y herido en su corazón, convencido de lo que no era, regresó rápido al castillo, dejó una carta para Íñigo y se marchó.



Al día siguiente hubo fuertes y abundantes lluvias que desbordaron el río, arrastrando con terrible fuerza y violencia todo lo que se encontraba a su paso. A los pies de la colina del castillo quedó arrojado el cadáver de Aldonza, que había caído al agua por salvar unas cabras que se llevaba la corriente en la crecida.

Aquellas noches, los guardias del castillo aseguraron haber visto vagar por las cercanías una figura de mujer con una cayada.

Hernán Galeas se retiró definitivamente a su casita de El Carrascal y no volvió al pueblo.



Y aún se llama el Charco de Aldonza aquel paraje del río en que apareció el cadáver de la pastora.

La laguna de Las Encantás



Montijo

La mítica noche de San Juan, concretamente desde las doce de la noche del día 23 hasta el amanecer del 24 de junio, era en la antigüedad la noche más corta y esperada del año por campesinos de toda Europa, incluidos los extremeños.

En Montijo, en el camino viejo de Barbaño (un antiguo cordel medieval y pastoril que enlazaba con la Cañada Real Soriana), se encuentra la legendaria laguna de Las Encantás.



Cuenta la leyenda, escrita ya para la posteridad a la vera de sus aguas, que hace muchos años, en una noche de San Juan, tres hermanas de nombre María contemplan las estrellas, que por alguna extraña razón se muestran muy bajas, grandes y brillantes. Las jóvenes se acercan, curiosas, a verlas reflejadas en las aguas verdes de la laguna y el encanto se produce de inmediato. Obedeciendo a un irreprimible impulso deciden bañarse en aquella laguna sin fondo y se lanzan a sus aguas para nunca más volver a salir a su superficie.



Desde entonces, duermen para siempre en el fondo de sus aguas, despertando solamente en la Noche de San Juan para aquellos privilegiados que consigan llegar a la laguna con un vaso de agua en la cabeza del que no hayan derramado ni una sola gota en todo el camino. Afirman los más viejos del pueblo que si algún afortunado lo consigue, las tres encantadas emergen de las aguas y danzan para él, para después concederle un deseo.

Aún en nuestros días, cada año, al anochecer del 23 de junio, desde Montijo parte una auténtica romería laica que cumple con el ritual de portar hasta la laguna un vaso de agua (ya no es en la cabeza, sino en la mano). Si el caminante consigue no derramar ni una sola gota hasta llegar a la laguna y, siendo ya las 12 de la noche, vacía el vaso al tiempo que formula tres deseos, las encantadas se encargarán de convertirlos en realidad.



Pero no hace falta esperar todo un año para acercarse a la laguna de Las Encantás, porque si tiene usted la suerte de contemplarla en cualquier atardecer, podrá sentir el cimbreo de los juncos meciéndose en el viento, el aleteo de un pato entre sus aguas, y allá, en el centro, las ondas concéntricas que anuncian los suspiros liberados por las damas encantadas del agua.

La luz de Magacela y la laguna de Los Santitos



Magacela

Magacela es un precioso pueblo extremeño que tiene de todo: pinturas rupestres en sus abrigos rocosos, castillo legendario con cementerio incluido, sepulcro prehistórico con figuras grabadas, estela de guerrero cornudo... y extrañas luces que llevan siglos (y quizás milenios) sobrevolando una zona muy concreta al pie de la montaña.



Todo empezó hace miles de años, cuando nuestros antepasados prehistóricos dibujaron en el abrigo de la Peña del Águila a un extraño personaje con cuernos al que se ha identificado con un brujo o chamán, unas líneas de agua y un sol con estela. Danzas, enterramientos, estelas, astros, ídolos y brujos que, aún hoy, nos gritan en silencio sus motivos, aunque no consigamos entenderlos.

Ya en el llano, en el lugar donde aparece la extraña luz, construyeron un sepulcro megalítico, un dolmen de corredor en el que



también dejaron constancia de soles, serpientes y extrañas líneas parecidas a cometas que surcan algunas de sus piedras.



Estos soles y líneas onduladas, ocultos durante milenios bajo una colina artificial, adquieren una extraña claridad cuando descubrimos, muchos siglos después, la apasionante historia de Fray Diego Becerra de Valcárcel, Prior de Magacela en el año 1684. Este decide escribir en un libro los curiosos relatos de los lugareños que afirman que, desde tiempos inmemoriales, una extraña luz se adueña de esta zona cuando el sol se esconde.

En una laguna que està en la falda de la Sierra de Magazela se ve una luz muy resplandeciente, que es del tamaño de la que dà una hacha de quatro pavilos, y suele hazer unos circulos en aquel lago, y se consume, ò desaparece en un sitio contiguo, que llaman del Texar, y otras vezes sale de la laguna, y pasa el camino á baxo de la Hermita de nuestra Señora de los Remedios, hasta una piedra larga, y angosta, que està con èl con unos caracteres antiguos, y buelve al texar, donde se consume.

Tras tomar declaración ante notario a diez testigos, que juran haber visto la extraña luminaria, el prior decide, en un arrebató

tan piadoso como incomprensible, que estas extrañas luces son las señales que indican que allí se encuentran los restos de San Aquila y de su esposa Santa Priscila, santos romanos que, según afirma el prior sin ninguna base histórica, sufrieron martirio en Magacela en el año 95.



Envuelto en un fervor casi místico, el prior llama a lo más granado de la sociedad de la época para que sean testigos del prodigio. Caballeros de la orden de Alcántara, notarios de la Santa Inquisición, vicarios del priorato, alcaides de la zona, abates, licenciados y hasta fiscales generales del priorato... Todos se reúnen para contemplar la aparición de las supuestas reliquias que deberían estar bajo la extraña lápida grabada con misteriosos caracteres.

La expectación es máxima cuando los obreros elevan la losa y se encuentran debajo unas piedras en forma de acueducto, pero cuando deciden seguir cavando, los dioses se encabritan, porque después de cincuenta días soleados se desencadena una gran tormenta acompañada de lluvia.

Aquel día despidieron las nubes tanta agua y se ha continuado después en abundancia tal, que no se pudo trabajar más, por averse llenado de agua el sitio que se abrió, donde estaba la losa.

Pero no hay mal que por bien no venga, porque la lluvia obliga a tan ilustres personajes a pernoctar en Magacela, y esa misma noche son testigos de la misteriosa luz que, saliendo de la laguna, sobrevuela la colina del dolmen.

El prior considera que estas fuertes lluvias repentinas son una señal del cielo para que no se continúe con las excavaciones y aunque nunca consigue encontrar los restos, da nombre a la laguna (que desde entonces se llama laguna de Los Santos) y nombra a San Aquila y a Santa Priscila patronos del pueblo. Además, ordena levantar una ermita cerca de la laguna (de la que hoy sólo se conserva la estructura) para que se celebren cultos en su honor, declarando festivo el ocho de julio. Una fecha conocida hoy como «la fiesta de Los Santitos».



Y así vemos como, una vez más, un lugar sacralizado por nuestros antepasados más remotos termina siendo santificado por la iglesia, y laguna, ermita y dolmen terminan dibujando un triángulo mágico en el que unas curiosas luminarias campan a sus anchas desde hace siglos.

Y es que las luces se siguen apareciendo, y es tan lento su paseo aéreo que hasta se deja fotografiar. La luz de Magacela sigue viva.

La sirena del Guadiana



Villanueva de la Serena

Si alguien piensa que Extremadura no tiene sirenas por no tener mar se equivoca. Badajoz es la provincia con más agua dulce de España y su mitología está repleta de preciosas mujeres con cola de pez, que embrujan con su melodiosa voz y sus largos cabellos a los incautos que osan acercarse a sus territorios acuáticos.

Y fíjense si tendremos sirenas en Badajoz, que hasta una comarca se llama así por estos seres mitológicos que antiguamente recibían el nombre de «serenas».



Villanueva de la Serena, según afirma la leyenda, se llama así porque, al parecer, un ejemplar de estas bellas criaturas vivía en los remansos del río, junto al castillo de la Encomienda, antes árabe Mojáfar y también llamado de Castilnovo y cuyo conde, según se cuenta, murió de amor hechizado por los encantos de la bella sirena de ojos verdes.



Destaca en ella, como en toda sirena que se precie, el atractivo que su hermosa voz ejerce sobre quienes, en el silencio de las noches apacibles, tienen ocasión de oírla cantar acompañándose de algún instrumento.



Aún puede verla quien quiera, esculpida en el escudo que se encuentra en el ayuntamiento de Villanueva y en la estatua que, como símbolo de la ciudad, se erige entre el agua y el cielo en el parque de la Constitución.



RUTA DE LOS

Castillos legendarios





Si hay un lugar adecuado para esconder un tesoro es sin duda el castillo. Y castillos hay que jalonan la geografía extremeña y que ocultan, en lo más profundo de sus entrañas, el brillo siempre vivo del oro más puro, aguardando al avisado que consiga descubrirlo.

Hay castillos que reúnen en sí mismos todos los tópicos de los tesoros escondidos: cueva, serpiente, castillo y monedas de oro. Otros están custodiados por fantasmas, por moros, por «bichas» o por maldiciones, y los hay, simplemente, que están encantados. Otros muestran en sus piedras los símbolos secretos que nos acercan al tesoro, mientras que otros se ofrecen ellos mismos como punto de partida para la búsqueda del sueño. Unos se yerguen aún fuertes y desafiantes, mientras que otros yacen en la tierra, como mastodontes moribundos, abandonados a los vientos del invierno y a los mil soles del estío pacense.

Como en todas las leyendas, de unos tesoros hay pelos y señales, mientras que de otros solo queda el eco de algunas consejas de viejas que apenas ya se susurran en las noches al sereno. Pero si se acercan a cualquiera de estos castillos y afinan el oído, si logran abstraerse del aire que silba en las almenas y del grillo que mora entre sus grietas, podrán escuchar, en sus pétreas entrañas, el corazón dorado que late en cada una de estas vetustas fortalezas.



La Torre Sangrienta



Jerez de los Caballeros

Jerez de los Caballeros fue el último bastión defensivo de la Orden del Temple en el suroeste extremeño. Hasta el apellido del pueblo lo toman de los templarios. Un pueblo de calles estrechas, de piedras talladas por la historia y cuatro ermitas que protagonizan las panorámicas de Jerez: las iglesias de San Bartolomé, Santa María, San Miguel y Santa Catalina. Todos ellos santos muy apreciados por los caballeros del Santo Sepulcro.

Situada estratégicamente sobre una colina se alza una fortaleza de origen musulmán compuesta por torreones defensivos, entre los que destaca, por sus dimensiones, la torre del Homenaje, más conocida como Torre Sangrienta.



Se afirma que en ella fueron degollados los últimos templarios rebeldes, medio centenar de caballeros que se resistieron a entregar la Villa de «Xerez» al rey Fernando IV de Castilla. Sus cuerpos, desangrándose, fueron arrojados desde sus almenas.

Cuenta la leyenda que antes de morir hicieron un solemne juramento ante Dios: que volverían de su tumba para galopar en sus caballos hacia los Santos Lugares, proteger de nuevo los caminos y defender a los peregrinos.

Por eso afirman que en las noches sin luna, al sonar las doce campanadas, los templarios regresan de sus tumbas blandiendo sus espadas, preparados para acudir a Tierra Santa y cumplir su juramento.



Y aunque nunca nadie los ha visto, hay quien asegura que aún hoy se les oye silbar. Silban sin descanso llamando a sus cabalgaduras. Silban hasta el amanecer, cuando los templarios muertos se retiran de nuevo entristecidos a la Torre Sangrienta, incapaces de cumplir su juramento porque los caballos no han acudido a su llamada.



La contadora de estrellas



Segura de León

El bello pueblo de Segura de León se extiende a los pies de un hermoso castillo construido en el siglo XIII por la Orden de Santiago. En su interior, además de habitaciones y capilla, patios y mazmorras, se habla de un tesoro oculto entre sus muros, aún no hallado, como tampoco ha podido encontrarse la entrada secreta del pasadizo que comunica el castillo con el exterior.

Pero si algo destaca en el castillo es la Torre del Homenaje que se eleva en el ángulo noroeste. Fue construida por el maestro Hernando Contreras en 1515 sobre los restos de una primitiva torre medieval, y conserva una leyenda que aún resuena de abuelos a nietos en las calurosas noches de verano.



Dicen que allí es donde aparece, cada 23 de junio a la caída del sol, la antigua señora del castillo, berberisca de raza y encantada por condición, que romperá su encantamiento si consigue contar todas las estrellas que tachonan el firmamento.



Cada noche de San Juan aparece en la parte más alta del castillo y comienza su cuenta mirando al cielo desde la ronda de levante. Pero cuando está rematando hacia el poniente, le sorprende el día sin haber terminado su empeño, obligándola a repetir al año siguiente, su mágica aparición y su infructuoso recuento.

La Búha



Orellana la Vieja

En la calle Real de Orellana la Vieja vivía una bruja de ojos gatunos y nariz en forma de pico llamada Calamanda, pero a la que todos llamaban la Búha.

La Búha afirmaba a menudo haber visto la sombra de un guerrero sobre la torre que vigila la vega del Guadiana. También afirmaba solucionar problemas, ver el futuro y hasta invocar a los muertos.



Doncellas, labradores y hasta el mismo alcaide acudían a ella por ungüentos y polvos que, disueltos en agua del río y vinagre de Magacela, adivinaban el porvenir. Tal era su fama que hasta su humilde y apestosa casucha acudía gente de lugares tan alejados como Almendralejo, Castuera y hasta Mérida.

Los visitantes la encontraban sentada en el suelo delante de un paño con motivos cabalísticos, murmurando extraños conjuros ante su esquelético gato, su único compañero:



*¡Ah, ah, ah, en la espuma,
Ah, ah, ah, en el agua,
Ah, ah, ah en la bruma,
Habla, sombra, habla!*

Todo iba relativamente bien para la Búha, pero toda bruja quiere su castillo, y el destino (ayudado por ella según las malas lenguas) quiso que un mal día la hija del alcaide muriera misteriosamente tras recibir a la bruja, lo que unido al miedo al fantasma del castillo, hizo que el alcaide y su esposa, Luz de Valdivia, cerraran la fortaleza y se fueran para siempre a Castuera, donde la alcaidesa tenía una bella casa.

El mismo día que el castillo fue desalojado, se apareció por última vez el fantasma, cuya figura pudieron contemplar los habitantes atemorizados.



Y no volvió a aparecerse hasta que, años más tarde, un valiente caballero llamado Pedro de Soto, recién llegado del Nuevo Mundo, apareció en el pueblo con la intención de terminar sus días en Orellana.

Recibió permiso para habitar el castillo y, aunque todos se lo desaconsejaban, alegando que la fortaleza estaba habitada por un

fantasma, él contestaba, sonriendo, que después de hacer lo que tenía pensado hacer, el fantasma desaparecería para siempre.

Nadie supo a qué se refería, pero un día la puerta de la bruja apareció echada abajo y su gato atravesado por una daga, con los ojos extraídos de sus órbitas. La Búha había desaparecido.

El domingo siguiente unos pescadores de Campanario encontraron el cadáver de una anciana flotando en el Guadiana. Era ella.



Y desde ese momento, como vaticinó Pedro de Soto, nunca más volvió a aparecer el fantasma del castillo. Aunque cuentan que el espíritu de la Búha todavía puede escucharse musitando conjuros en las noches de luna.



Burguillos del Cerro

El becerro de oro, símbolo de la idolatría, no desentona en nuestras tierras, que rezaron a otros dioses antes y durante la implantación del catolicismo. Y si los adoradores de otras deidades debieron ocultarse durante siglos, no es extraño que el becerro material, como lo imaginaron nuestros abuelos, se ocultase también en las entrañas de nuestros campos.

Pero si el becerro es de oro es un tesoro, ¿qué mejor lugar para ocultar un tesoro que un castillo?



En el castillo de Burguillos del Cerro cuentan que en uno de los torreones cilíndricos hay un becerro de oro atado con una cadena del mismo metal y añaden, que en tiempos estaba atado a una argolla de bronce que hay en las paredes.

Antonio Machado, el padre del poeta, que anduvo por esos lares a principios del siglo XX, contaba en aquellos días:

...se encuentra abandonado y ruinoso. Todas sus habitaciones tienen destruidos los pavimentos, donde la codicia de los vecinos ha abierto sendas sepulturas para buscar soñados tesoros que unos dicen habían sido puestos allí por los moros, y otros creen de origen casi sobrenatural. En mi empeño de averiguar la explicación que tradicionalmente da el vulgo a este hecho, lo único que he podido saber es que cuando algún vecino decía haber soñado que en tal o cual punto del castillo había un tesoro, cuantos lo oían decir, acudían afanosos a buscarle, y no obtenían otro resultado que hacer sepulturas profundas en los salones.



Hoy el castillo ha sido algo reconstruido, aunque todavía pueden verse recintos subterráneos que asoman su oscuridad desde el patio de armas.

Y son muchos los vecinos que siguen convencidos de que sus habitantes escondieron un becerrito de oro en una moruna o pasadizo secreto que va desde el castillo hasta el monte de Guruviejo, a varios kilómetros de la fortaleza.



Al castillo de Burguillos no le falta detalle, pues además del becerro tiene tesoros soñados, moras y moros encantados, apariciones y hasta brujas. Machado cuenta que:

Algunos, por explicar esta leyenda en formas más racionales, dicen que lo que hay es un tesoro metido en una piel de becerro, y puesto allí por los moriscos.



Becerro de oro o becerro relleno, lo importante es que el noble animal todavía permanece oculto en el castillo, esperando que alguien como usted logre encontrarlo.

La Zaragutía Mora



Alconchel

Los padres de Alconchel, cuando quieren que sus hijos se porten bien, saben que solo tienen que mencionar a la Zaragutía Mora del castillo, un ser fantasmal que tan pronto se les aparece a los niños desobedientes como a los buscadores de tesoros, pues se afirma que es la guardiana del tesoro oculto en los muros del castillo de Miraflores.



Cuenta la leyenda que un apuesto árabe se enamoró en este castillo de una bella esclava cristiana con la que se desposó. La cristiana amaba las puestas de sol y no era extraño verla cada atardecer, vestida de púrpura, recorriendo las murallas del castillo. Pronto recibió el nombre de la Zaragutía, una flor también llamada «planta de las culebras», del mismo color que su traje, que crecía en los recovecos rocosos del cerro.

Sin embargo, pronto fue enviado a la batalla y, con el fin de evitar que su amada fuera rescatada por algún cristiano, le construyó

la más bella estancia subterránea junto al túnel secreto que salía del castillo. Allí, rodeada de oro y sedas, de lujos y comodidades, encerró a la bella cautiva con la promesa de volver cuando acabara la guerra.

Pero pasaron los días, los meses y los años. Su esposo había muerto en la batalla y jamás pudo volver a liberarla. La Zaragutía Mora quedó para siempre encerrada en las galerías subterráneas, gritando su desesperación por estar enterrada en vida año tras año, hasta que la alcanzó la muerte.



Bajo el poder de Alfonso IX de León la fortaleza volvió a ser cristiana, pero fue tanta la destrucción a la que se vio sometida, que quedaron sepultadas para siempre las puertas de acceso a la galería subterránea y al pasadizo secreto. Lo que quedó del castillo fue cedido por Fernando II a los templarios, pero ni con esta nueva vida cesaron los lamentos y los quejidos de la Zaragutía Mora, pues los obreros, mientras levantaban muros y almenas, afirmaban escuchar vagamente extraños gritos de mujer que parecían provenir del alma de la tierra.



Y pasaron los años y los siglos, y aún hoy hay algunos que afirman que en alguna ocasión, en los largos atardeceres de los cielos de Alconchel, cuando se empiezan a insinuar las estrellas, sintieron una ráfaga de viento fresca, perfumada con el olor de una extraña flor, y creyeron oír, confundidos en el silencio, unos lamentos lejanos y profundos.



ruta de las

Cruces sobrenaturales





Es curioso lo que ocurre con los edificios religiosos. Construidos para proporcionar paz al alma y serenidad al espíritu, albergan, sin embargo, rincones más oscuros que el pecado, y gárgolas monstruosas y pétreas acechan desde lo alto de sus muros.

En los templos el hombre se siente pequeño y pecador. El peso de las piedras parece aplastarle. A sus pies se extienden las tumbas de sus antepasados, y toda la madera de cruces, retablos y púlpitos parece crujir como los huesos blancos que se ocultan en sus criptas subterráneas.

Un convento abandonado es el lugar ideal para pasar miedo. Seguro que si ponemos atención, y tenemos la suficiente valentía para permanecer en su interior durante toda una noche, nos parecerá escuchar susurrantes roces de hábitos fantasmales, el misterioso eco de cantos gregorianos flotando en la oscuridad o pasos invisibles resonando en el claustro invadido por los rosales silvestres. Pero a veces no es necesario que el convento esté abandonado para que los fantasmas habiten en él.

Y si en los conventos los muertos parecen no querer irse del todo, en los monasterios, ermitas, santuarios y capillas los milagros sobrenaturales se encuentran a la orden del día.

En estos casos la cruz marca, sin dudas, el lugar encantado.





onvento San Juan de Dios

Olivenza

Fue en 1631 cuando la Orden de las Hermanas Pobres de Santa Clara abrió las puertas de este convento, aunque solo diez años después la carnicería que supuso la Guerra de Restauración llevaría a los monjes hospitalarios de la Orden de San Juan de Dios a ocupar el edificio, convirtiéndolo en hospital militar. Durante dos siglos el lugar se empapó del sufrimiento de soldados enfermos y moribundos, muchos de los cuales eran enterrados en el terreno del propio convento.



El ambiente no mejoró, porque la Guerra Civil española convirtió el convento en un cuartel de la Guardia Civil, donde los fusilados manchaban la tierra de sangre. Muchos de ellos eran arrojados al pozo o, en el mejor de los casos, enterrados en improvisadas zanjas.

Hasta que desde 1998 y durante una década, alberga la Escuela de Teatro y Danza de Extremadura. Y aunque siempre se había

hablado de extrañas presencias entre sus muros, es ahora cuando los fenómenos y los testimonios se multiplican.



Manos invisibles que recorren las cortinas, fantasmas con ropas andrajosas que bajan antiguas escaleras, relojes que se paran siempre a la misma hora, susurros, voces, enfermos que no dejan de deambular eternamente por sus blancos pasillos, pianos que tocan solos, melodías de órganos inexistentes que resuenan por las noches, cánticos sin gargantas, luces que se apagan y se encienden, sombras que caminan por sus largos pasillos... Si hay un lugar encantado en Badajoz, es sin duda este. Atrévete a visitarlo.





El monasterio de Tentudía



Calera de León

El arquetipo de monje guerrero de la reconquista lo encarna, sin duda, el maestre santiaguista Pelayo Pérez de Correa, más conocido como Pelay Correa. Rodeado de hazañas milagreras, «el Cid de la Baja Extremadura» como lo definen algunos, dejó por estas tierras la impronta de sus realidades y de sus leyendas.



Cuentan que fue una atardecida del mes de septiembre de 1247 cuando el ejército cristiano se encuentra en estas sierras con una patrulla sarracena a la que se enfrentan. La tarde comienza a caer y les falta tiempo para la victoria. Cuentan que Pelay Correa al ver el sol ocultarse por entre las montañas, elevó los ojos al cielo e invocó a la Virgen, cuya fiesta se celebraba:

- ¡Santa María, detén tu día!

La batalla de Tudía acabaría convirtiéndose en milagro y dando nombre a la sierra, al convento y a la virgen, porque aseguran las



crónicas que el disco solar se mantuvo enhiesto sobre la raya del horizonte hasta que las tropas cristianas consumaron su victoria.

En agradecimiento al milagro, Pelay Correa construyó allí una ermita y más tarde un pequeño convento.



El monasterio, que está declarado Bien de Interés Cultural de carácter nacional, conserva en un lugar destacado, junto al altar que preside la imagen de la Virgen de Tentudía, una placa que recuerda que allí descansa para siempre Pelay Pérez Correa, el autor de la famosa frase.

Curiosamente, Tentudía sigue conservando un marcado simbolismo solar. Aún hoy, los ancianos saben que el monasterio marca el punto máximo del sol y afirman: «Cuando el sol en Tentudía, las doce del mediodía».



El tesoro del Rey Jayón

Fuente del Arco

Por nuestras tierras camparon reyes legendarios cuyos nombre hoy solo recuerda el viento que mece las hojas de encinas centenarias. Pero hay otros cuya vida, real o imaginaria, pasó a convertirse en leyenda. Como el Rey Jayón.



Jayón, que da nombre a una ruta, a una sierra y a una impresionante mina explotada desde hace miles de años, era moro y ciego, y también rey de un pequeño reino Taifa que se encontraba en la bella Campiña Sur.

Jayón tenía una hija, la princesa Erminda, que tuvo la suerte de que se le apareciese la mismísima Virgen María en la copa de una encina, rodeada de una luz cegadora.

La virgen María asegura a la princesa Erminda que devolverá la vista a su padre cuando se conviertan al cristianismo. Así lo hicieron ambos, y cuenta la leyenda que en agradecimiento decidieron



levantar una capilla en un lugar muy cercano a donde hoy se levanta una cruz de hierro. Pero todo lo que construían de día, de noche caía derrumbado. El rey comenzó a tener miedo y, como no entendía lo que estaba pasando, un día decidió huir.

Sin embargo no pudo pasar más allá de arroyo. El agua, de normal mansa y tibia, de repente se embravecía con tanta ansia que resultaba imposible saltar la líquida barrera. Desesperados, padre e hija volvieron hasta la encina iluminada y allí, de nuevo habló la Virgen. La capilla la estaban construyendo en el lugar equivocado. Ella deseaba que fuese allí mismo, donde estaba la encina.

Y se cuenta que el viejo y achaparrado árbol era cortado una y otra vez, y que una y otra vez volvía a retoñecer para abastecer de madera la construcción de la ermita...



Lo cierto es que dentro de la ermita y a los pies de la imagen de la virgen del Ara, pueden contemplarse aún las figuras del rey Jayón y de su hija.

También se cuenta que ocultó su tesoro allí mismo, en el arroyo La Palma. Se trata de un pellejo de buey lleno de oro, enterrado en el suelo y oculto por una gran piedra de granito con una argolla.

Es complicado hacerse con él, ya que esta argolla aparece en sitios diferentes a lo largo del arroyo y solamente a aquellas personas que sean sensatas y creyentes.



Hasta la fecha no se conoce a nadie a quién se le haya aparecido esta argolla. Lo único cierto es que cuando llueve y el arroyo se hincha de agua, arrastra entre la arena y las piedras algunas monedas antiguas.

Quizás sean, simplemente, las lágrimas áureas del Rey Jayón, que llora con sus ojos ciegos la pérdida de su reino, su hija y su tesoro.

La muñeca del pozo



Fregenal de la Sierra

Según cuenta la leyenda, en los primeros siglos de nuestra era, una virgen había sido objeto de culto en unos parajes próximos al arroyo de la Parrilla, cerca de Fregenal de la Sierra. Al llegar la invasión árabe la imagen se ocultó y, tanto el escondite como la ocultación, fueron olvidados con el paso de los años.



Siglos después, un pastor que apacentaba su ganado junto al Cerro del Rodeo intentó voltear una piedra para que le sirviera de asiento, pero ésta se hundió, apareciendo ante sus ojos un pozo repleto de agua sobre el que flotaba una muñeca. El pastor, que tenía una hija, pensó en cogerla y llevársela al pueblo, así que la sacó y la metió en su zurrón. Al llegar a Fregenal se dio cuenta de que la muñeca no estaba con él y la dio por perdida.

Al día siguiente, continuando con su trabajo, en una de sus escapadas al pozo se dio cuenta que la muñeca estaba de nuevo dentro de este, así que la volvió a coger. Esta vez, para asegurarse de que

no se le escapaba, la guardó en la manga de su camisa haciéndole un nudo por el agujero. De nuevo, al llegar a casa, la muñeca no estaba. Al día siguiente todo volvió a su estado original, pero el pastor, que no se rendía, la volvió a coger, esta vez atándola con dos nudos, uno arriba y otro abajo. Pero al llegar a casa de nuevo la muñeca no estaba.

El clero y personas importantes en la villa, inducidos por los relatos del pastor, se acercaron hasta el pozo y, comprobando que la «muñeca» no era otra que la Virgen, decidieron construir una ermita en su honor. Comenzaron las obras en un sitio que consideraban apropiado, más los muros levantados durante el día se desmoronaban por la noche sin causa justificada. Buscaron otra ubicación, pero sucedió lo mismo. Y así hasta que comprendieron que la Virgen quería su santuario junto al pozo en el que se había manifestado.

Cuentan que entonces, cuando comenzaron a construir la ermita donde la Virgen quería, los muros no solo no se derrumbaban, sino que crecían solos durante la noche.



¿Pero por qué la virgen no quiere estar cerca del pueblo? A partir del siglo XII el culto de las imágenes de María supuso una manera



de extender la religión a los lugares de la campiña que eran considerados, a través de creencias precristianas, como puntos críticos de contacto con las fuerzas de la naturaleza. Es decir, que la imagen se instala en un sitio que desde la antigüedad era ya objeto de alguna especie de culto, acaparando María todo lo que antes eran atributos de la deidad representativa de las fuerzas de la Naturaleza, de la Diosa Madre.



No es raro tampoco que Nuestra Señora de los Remedios fuese encontrada dentro de un pozo y flotando sobre sus aguas. El pozo, o la fuente, o la sima, o la cueva, es la matriz que conduce a lo oculto, al interior del vientre de la Tierra, donde se gesta la vida, de donde saldrá la máxima representación de las fuerzas de la Naturaleza, asimiladas a la Virgen que se manifiesta. De este modo sucedía con las viejas diosas de la fertilidad, como Cibeles, Atenea, Afrodita...



Cuando avanza la Reconquista aumenta el culto mariano en la Península y a Fregenal llegará de la mano de los templarios, instalados en la villa en 1283. Es seguramente en esta época cuando debió levantarse la primitiva ermita y esculpirse la primitiva imagen de

la virgen que sería hecha al gusto esotérico de los caballeros del Temple. Una virgen diosa, Gran Madre, proveniente del agua y de la tierra. Quizás, por qué no, una de esas vírgenes negras con las que Nuestra Señora de los Remedios guarda grandes paralelismos.



A día de hoy, todavía se pueden contemplar los numerosos exvotos y ofrendas que los fieles depositan en su santuario, y las romerías multitudinarias que se celebran aquí demuestran que este enclave sagrado sigue vivo, y que su visita no dejará a nadie indiferente.



El visitante del rostro quemado



Zafra

Corría el año 1688. Don Blas Rodríguez de Arenzana, hermano mayor de la cofradía de carpinteros y alarifes de Zafra, construía la nueva espadaña del templo de Santa Catalina de Siena de la localidad, concluyendo la reforma necesaria que le había llevado un par de años en lo que fuera la antigua sinagoga.



Estaba don Blas afanado, dándole los últimos retoques a la construcción, cuando un mal paso le hizo precipitarse al suelo desde una gran altura, aunque sorprendentemente no sufrió daño alguno. Don Blas interpretó que fue su santo patrón, San José, quien le había evitado un mal mayor en su caída. Y entendiendo que el santo le había salvado la vida, encargó a un artista escultor de la localidad la imagen de un San José para adornar la nueva capilla del templo, costeándola de su propio bolsillo.

Como don Blas tenía muchos compromisos constructivos en diversas localidades cercanas, se marchó de casa varios días para



hacer frente a sus trabajos. Pero la mala suerte hizo que en su ausencia su esposa enfermara de unas fuertes fiebres. Sin poder moverse de la cama por los dolores que le provocaba su mal, y atenazada por una terrible sed, apenas si podía mover el cuerpo para acercarse un barril de agua fresca que estaba a cierta distancia de su lecho. La pobre mujer, empeorando y desesperando ante tan difícil situación, se entregó a la oración, mientras que, entre las sombras, una inquietante silueta masculina aparecía en su alcoba acercándose al barril de agua y llevándoselo hasta sus labios. Después de que la enferma saciara su sed, aquella extraña presencia desapareció por donde había llegado y la esposa de don Blas se recuperó rápidamente, levantándose pletórica de salud a la mañana siguiente.

Al llegar su esposo le explicó todo lo sucedido con su enfermedad y sobre la extraña aparición que le acercó el barril de agua que le libró del mal. Al preguntarle don Blas a su esposa por los rasgos de aquella presencia, ella solo acertó a decirle que aquel hombre que apareció entre las sombras tenía la cara dividida en dos partes.

Aquella información dejó perplejo a don Blas que corrió fuera de la casa con su esposa de la mano hasta llegar al taller donde había encargado la imagen de San José. Allí, sobre la mesa del ebanista, descansaba la talla casi terminada, pero a la que faltaba aún media cara por barnizar.



RUTA DE LOS

Enclaves
fantasmales





Cuando llega noviembre la provincia de Badajoz se puebla de fantasmas y espíritus. Antiguas creencias ancestrales que todavía perviven cristianizadas hacen que los muertos estén más cerca.

Otra fecha señalada en el calendario mágico de la provincia es la noche de San Juan. Esa madrugada hay seres encantados que surgen de sus moradas y extraños árboles que cantan anunciando la muerte.

Aunque el resto del año también campan los fantasmas por casas, palacios, huertos y molinos.

Cualquier lugar y cualquier momento es bueno para encontrarse, cara a cara, con el Otro Lado.





El Camino de la Calavera



Calamonte

Hay un lugar en las afueras de Calamonte al que nadie en el pueblo quiere acercarse en los primeros días de noviembre. Se trata del polvoriento camino que llevaba hasta el cerro de Cantarranas, muy cerca del Cerro de la iglesia.

Todos en el pueblo saben que desde hace muchos años en este camino, cada 2 de noviembre, Día de Difuntos, se aparece el fantasma de doña Juana en busca de la calavera de su amado.



Cuenta la leyenda que corría el año 1499 cuando la acaudalada familia de los Figueroa convinieron el matrimonio de su única hija Juana con el apuesto don Gonzalo, hijo mayor de los Macías y capitán de los ejércitos de sus majestades los Reyes Católicos.

Pero el corazón no obedece órdenes y doña Juana llevaba tiempo reuniéndose a escondidas con don Alonso, el hermano pequeño de su futuro esposo. Al enterarse don Gonzalo de este ilícito romance

entra en cólera y reta a su propio hermano a un duelo a muerte en el camino de las afueras del pueblo. Es allí donde don Gonzalo mata a su hermano y lo entierra sin que nadie sepa dónde.

Doña Juana, incapaz de casarse con el asesino de su amado, se quita la vida para reunirse por fin con Alonso, pero ni aún así logran encontrar el reposo juntos, porque desde entonces su alma suicida, incapaz de lograr la paz, vaga por esos contornos buscando la calavera de su amado que nunca apareció.



Hoy el camino está oculto bajo una pista pavimentada que da acceso a la depuradora de agua, pero hay quien afirma que en el Día de Difuntos, cuando el pueblo huele a castañas asadas y chimeneas encendidas y el viento mueve las duras hojas de las encinas, todavía puede verse el fantasma de doña Juana recorriendo el camino con la desesperación dibujada en el rostro, buscando un cráneo amarillento que reposa desde hace siglos bajo el cemento que ahora oculta el viejo Camino de la Calavera.





El molino de la tía Cabalganta



Táliga

La tía Cabalganta, cuyo nombre real se desconoce, era una joven de Táliga, guapa y divertida, que tuvo la mala fortuna de enamorarse de un forastero que apareció en el pueblo durante las fiestas patronales. Tras muchas promesas de amor eterno y de matrimonio inmediato, el forastero desapareció una mala mañana, abandonándola ultrajada y con el corazón roto.

Desde entonces, despreciada y rechazada por los vecinos del pueblo a causa de un sentido del honor mal entendido, fue mudando el carácter, los modales y la personalidad, llegando a ser temida y aborrecida por sus convecinos.



La tía Cabalganta decidió abandonar el pueblo y establecerse en un molino abandonado junto a la rivera de Táliga, del que todavía se conservan algunos restos. Allí buscó una nueva vida, aislada del resto del mundo y adquiriendo un carácter cada vez más hostil. Según cuentan los pastores, ganaderos y habitantes de cortijos

cercanos, solían verla recogiendo productos del campo para calmar el hambre. Incluso alguno llegó a afirmar que era frecuente verla frente al molino con un gran caldero, a la luz de la luna llena, musitando conjuros y elaborando pócimas, lo que le acarreó en los contornos la única mala fama que le faltaba: la de bruja.

Lo cierto es que su resquemor hacia los hombres se convirtió en inquina y odio hacia los forasteros, y parece ser que habilitó una de las habitaciones del molino, ubicado en el camino que va de Higüera de Vargas a Barcarrota, para recoger a los viajeros que por allí pasaban.

Muchos fueron los que pensaron que era su día de suerte cuando encontraron cama limpia y posadera hermosa, pero ninguno, según la leyenda, salió con vida de aquel lugar. Antes del alba, la tía Cabalganta los degollaba. Después, los enterraba en un huerto cercano.



Cuentan que fueron quince los hombres asesinados por la tía Cabalganta, y que los frutos del huerto eran los más hermosos de la zona y, aunque en el pueblo se murmuraba sobre las desapariciones del molino, nadie se atrevió a denunciarla por miedo a su supuesta condición de bruja.



Pero el miedo de los vecinos desapareció una fría noche de tormenta junto a la tía Cabalganta. Cuentan que los relámpagos y los truenos hacían tambalearse los cielos negros, y que la lluvia caía tan fuerte que parecía que se habían abierto las compuertas del infierno.



Nadie sabe que ocurrió con ella, pero tampoco nadie volvió a verla con vida. Algunos afirman que un rayo justiciero la calcinó; Para otros, se ahogó con la crecida de la rivera, y la corriente impetuosa se llevó lejos su cuerpo, aunque no su recuerdo.

Porque tiempo después, un vecino que se dirigía a su trabajo afirmó haber visto, junto al huerto donde enterraba a sus víctimas, a una mujer esbelta y hermosa, con los vestidos convertidos en jirones, huyendo entre los matorrales perseguida por los espectros de unos cuerpos degollados.

La Casa del Miedo



La Codosera

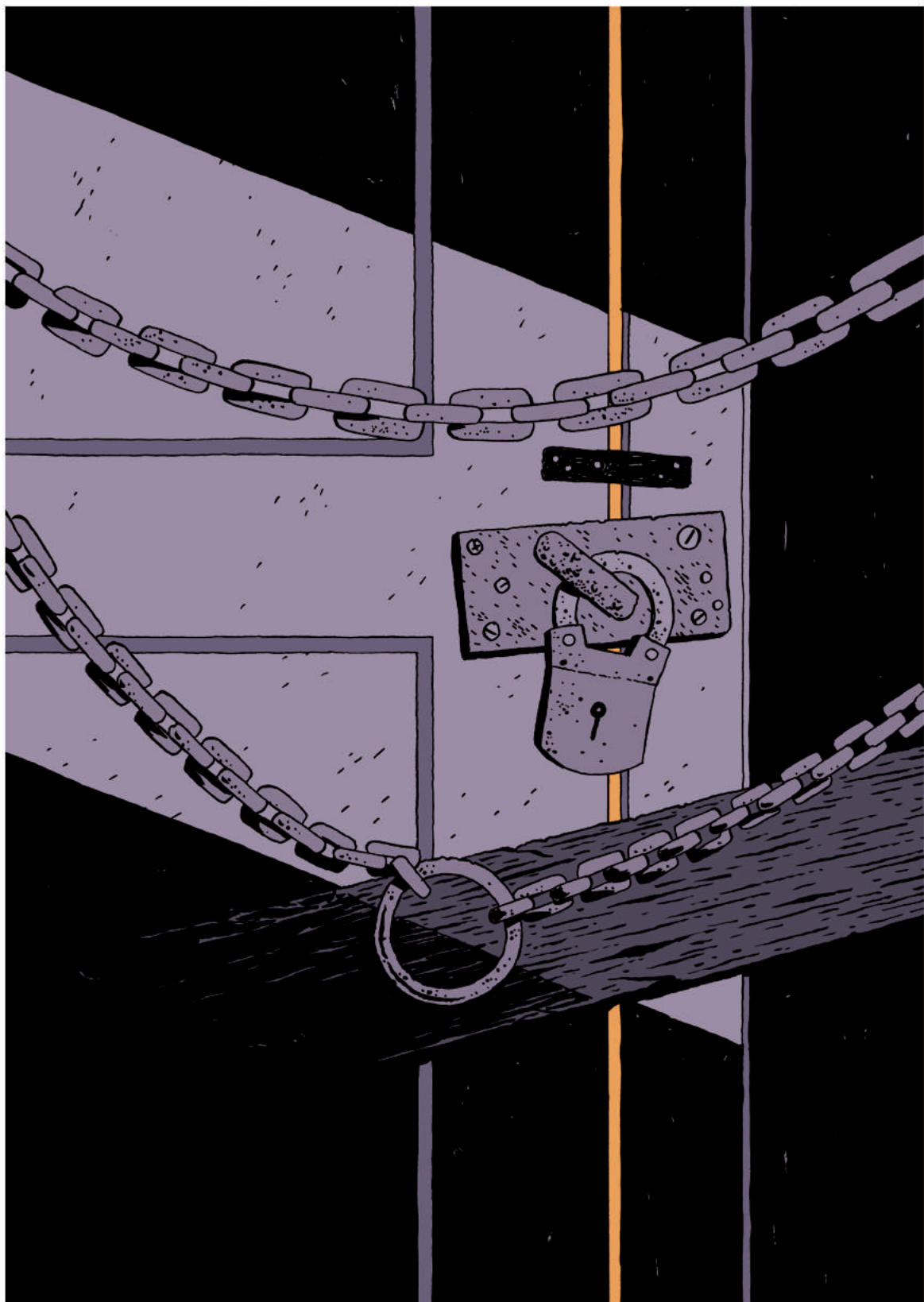
La Casa del Miedo, entre El Marco y el Santuario de Chandavilla, camino de Portugal, aún se yergue solitaria y abandonada en las afueras de La Codosera, ocultando alrededor de sus paredes los sucesos paranormales que se sucedían tanto en el interior de la vivienda como en sus inmediaciones.



Cuentan que cuando la dueña de la casa iba a por agua, al poner el cántaro en el poyete de la cantarera, este se caía y se rompía, y lo mismo sucedía con los platos y otros útiles domésticos que se desplazaban de los lugares en donde se colocaban.

Ni siquiera los cerrojos ni las cerraduras tranquilizaban a los habitantes de la Casa del Miedo, porque por las noches, aunque las puertas se cerraran con llave, se abrían solas.

Pero lo peor estaba por llegar. Un día como otro cualquiera, un vendedor ambulante llamado Manuel Estrella transita por el



camino con su carro de mulas, cuando al llegar frente a la casa los animales se paran en seco y se niegan a seguir adelante. De nada sirven los juramentos ni los palos administrados a las bestias. Las mulas se niegan a dar un paso más. El recovero, desesperado, hace venir al amo de la recua, quien tampoco consigue que estos se muevan del sitio. De pronto, y cuando más encendido estaba el amo contra las acémilas, recibe dos sonoras bofetadas en pleno rostro, sin saber de dónde le han venido.



Desde entonces, lo que era un rumor se convierte en un secreto a voces, y la pequeña y aislada vivienda empieza a ser conocida como la Casa del Miedo.

La incidencia de esos sucesos en el pueblo fue enorme y algunos llegaron a afirmar que el demonio vivía en este lugar, y que esto fue lo que dio lugar a las apariciones de la Virgen en Chandavila, unas apariciones de una dama negra que pronto se identificaron con la Virgen de los Dolores, y que dieron lugar a la construcción de un santuario.

Lo cierto es que en este mismo paraje hay testigos que afirman haber escuchados susurros silbantes y extraños surgiendo de la nada y en otras casas y huertos cercanos han ocurrido extraños

sucesos parecidos: vajilla que salta sola desde los estantes, pasos invisibles que rodean el exterior de la casa, voces susurrantes, nieblas extrañas, luces inexplicables, fuertes sonidos nocturnos que surgen del interior de los muebles y de los electrodomésticos...



La Casa del Miedo es ahora solo un esqueleto comido por zarzales y malas hierbas, pero sea lo que sea lo que habita en la zona, no parece conformarse con una sola vivienda.



El fúnebre canto del árbol de la muerte



Garbayuela

No se sorprenda si una noche escucha cantar a una insólita flor, o quejarse a un árbol, o gritar estridentemente a un extraño tubérculo. En la provincia de Badajoz la naturaleza mágica se adueña de los campos y de los huertos, especialmente en algunas fechas señaladas.

Seguramente una de las plantas más curiosas es la que se encontraba en un huerto situado en El Egido de Garbayuela, al menos hasta principios del siglo XX. Se trata de un extraño árbol que anuncia la muerte. Su tronco mide diez centímetros de diámetro y se eleva retorciéndose en forma de espiral. Tiene hoja ancha y flor en figura de cuerno que canta en la noche de San Juan, la madrugada del 23 al 24 de junio.

Pero su mágico canto no suele tener público, porque todo el mundo sabe en el pueblo que su melodía, como la visión de la Santa Compañía, anuncia la muerte de quien lo escucha, por lo que los vecinos huyen de El Ejido esa noche, temerosos de escuchar semejante maravilla.



Los fantasmas del museo

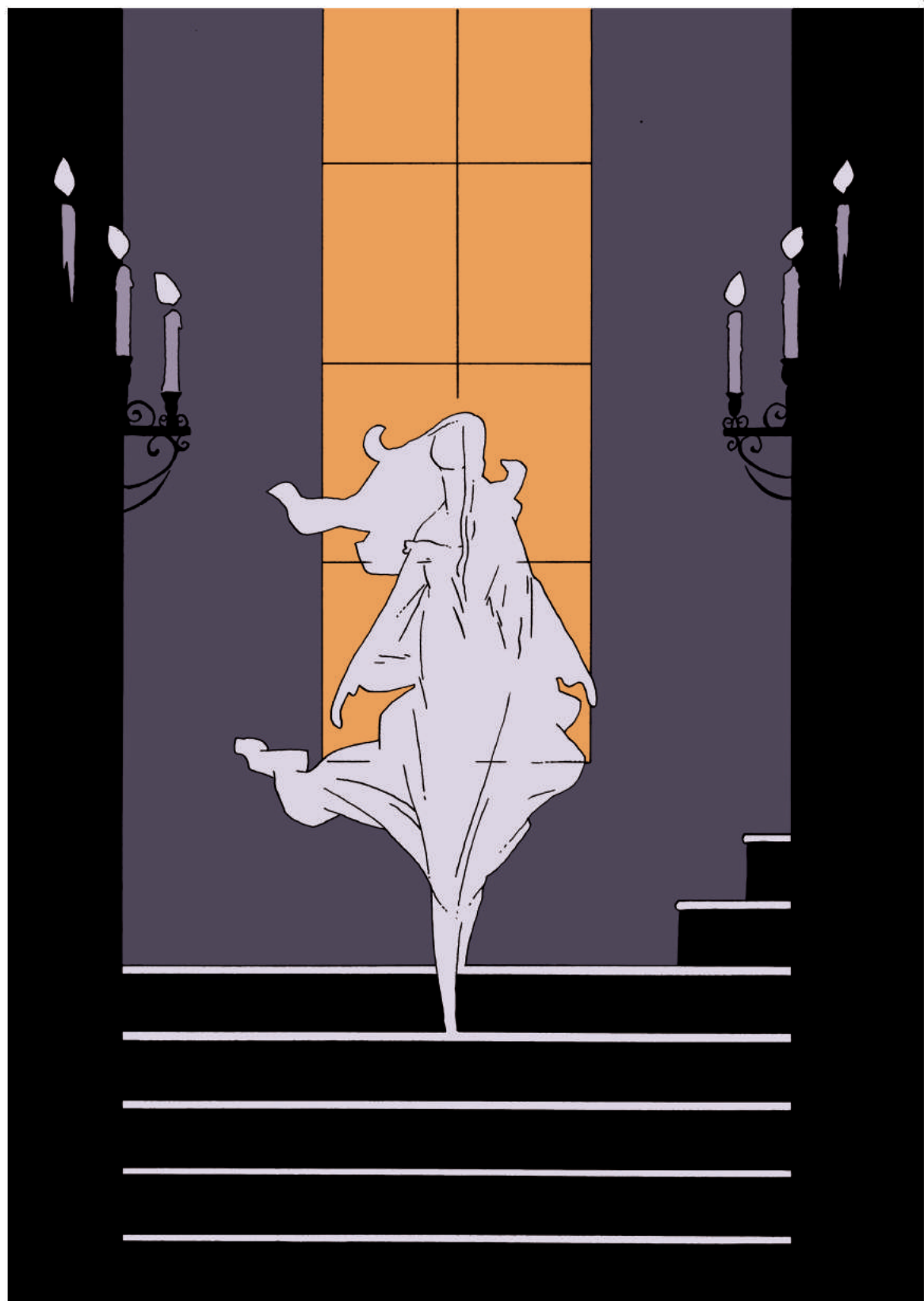


Don Benito

El museo etnográfico de don Benito se encuentra ubicado en una singular casa palacio de 1905 que perteneció a los duques de Orellana. Son más de dos mil metros cuadrados divididos en dos plantas, varios doblados y hasta algún túnel secreto que partiendo de uno de los patios, recorre el subsuelo de la ciudad para llegar a algunas casas colindantes de la zona.

Sus múltiples habitaciones se han convertido ahora en 31 salas, ordenadas por temática o labores. Así, podemos recorrer una vieja barbería, una antigua imprenta, o una vetusta tienda de ultramarinos. Estremece entrar en un despacho burgués del siglo XIX y contemplar los vestidos de otros siglos, recorrer viejas consultas médicas repletas de extraño material quirúrgico y rodearse de juguetes antiguos, visitar la capilla y la sacristía, la escuela y la bodega, e incluso un portal matancero cerca de la cochera que aún conserva sus viejos coches de caballo.

Las trabajadoras del museo, acostumbradas a trabajar en un entorno tan especial, no se asombran ya de escuchar extraños ruidos,



de contemplar como los sensores de movimiento que activan las luces se encienden si motivo, o de ver como el ascensor sube y baja sin nadie que lo active.



Siempre ha habido gente que ha visto como extrañas sombras recorren los pasillos, pero la prueba documental de que el palacio tiene habitantes fantasmales parece que la ha conseguido el profesional encargado de la fotografía fija durante el rodaje de un cortometraje en el antiguo caserón. En una de las imágenes, incomprensiblemente, la cámara captó una figura humana en uno de los rincones del gran patio interior, a uno de los lados de la gran escalera de mármol que asciende a la segunda planta.

Una figura humana que, simplemente, y como puede comprobarse en el resto de las fotografías y de la propia grabación, no se encontraba allí.



Bibliografía

- Acedo Diaz, T. (2006). *Para que lo sepas*. Vision Net.
- De Mena, V. (1931). *Leyendas Extremeñas*. Madrid: Ediciones Arqueros.
- Godoy Vances, D. (2010). *Trilogía morisca en Valle de la Serena*. Valle de la Serena: ADEPA.
- Gomez Antonio, Cansado Cristobal. (24 de enero de 2010). *Crónicas de Talavera*. Obtenido de Las sirenas de Talavera La Real: <http://cronicasdetalavera.blogspot.com.es/2010/01/las-sirenas-de-talavera-la-real.html>.
- Hurtado, P. (1902). *Supersticiones Extremeñas*. Sevilla: A. Artero Hurtado.
- Lopez Prudencio, J. (1923). *Vargueño de Saudade*. Madrid: Imprenta Clásica Española.
- Martinez Guerra, B. (2016). *La zaragutía mora. La leyenda del castillo de Alconchel*. Ayuntamiento de Alconchel.
- Vilches, M. (2000). *La tierra de Jayón*. Diputación de Badajoz.

OFICINAS DE TURISMO

Alange

C/ Trinidad, 19
Tel.: 924 36 52 19
Fax: 924 36 50 39
www.alange.es
turismo@alange.es

Badajoz

Pasaje de San Juan, s/n.
Tel.: 924 22 49 81.
Fax: 924 21 02 32
turismo@aytobadajoz.es
www.turismobadajoz.es

Alburquerque

Plaza de España, s/n
Tel.: 924401202
Fax: 924401202
turismo@alburquerque.es
www.alburquerque.es

Badajoz- C.I.T.A.V.

(Centro de Información Turística y
Acogida de Visitantes)
Plaza de San José, 18
Tel.: 924 20 13 69
Fax: 924 23 97 98
casasmudejares@aytobadajoz.es

Almendralejo

Plaza de la Iglesia, 16.
Tel.: 924 66 69 67
Fax: 924 67 75 57.
www.almendralejo.es
turismo@almendralejo.es

Don Benito

Plaza del Museo s/n
Tel.: 924 80 80 84
Tel. y Fax: 924 80 53 50
www.donbenito.org
turismo@donbenito.es

Azuaga

Casa de la Cultura
Plaza de la Merced, 12
Tel.: 924 13 78 38
Fax: 924 13 78 38
www.azuaga.es
ot@azuaga.badajoz.es

Feria

C/ José de la Concha, 13
Tel.: 924694111
Fax: 924694114
oficinaturismoferia@hotmail.com
www.feria.es

Fregenal de la Sierra

C/ El Rollo, 1
Tel.: 924700000 Ext. 5
Fax: 924 70 03 83
www.fregenaldelasierra.es
turismo@fregenaldelasierra.es

Fuentes de León

Plaza de España, 3
Tel.: 924 72 41 74
Fax: 924 72 41 61
www.fuentesdeleon.es
turismo@fuentesdeleon.es

Herrera del Duque

C/ la Feria, 59
Tel.: 924 64 642214
oficinaturismo@herreraelduque.es
www.herreraelduque.com

Higuera la Real

C/ Fuente, 12
Tel.: 924 72 33 28
Fax: 924 72 71 30 (Ayto.)
turismo@higueralareal.gob.es
www.higuerareal.org

Hornachos

(Casa de la Cultura)
C/ Felipe Trigo, 1
Tel.: 924 53 35 33
Fax: 924 53 36 07
www.hornachos.es
turismo@hornachos.es

Jerez de los Caballeros

Conventual de San Agustín
Plaza de San Agustín, 1
Tel.: 924 73 03 72
Fax: 924 75 02 04
www.jerezcaballeros.es
turismo@jerezcaballeros.es

Llerena

C/ Aurora, 2
Tel.: 924 87 05 51
Fax Ayto.: 924 87 03 88
www.llerena.org
oficinaturismo@llerena.org

Los Santos de Maimona

Plaza de España, 9
Tel. y Fax: 924 54 48 01
oficinadeturismo@lossantosdemaimona.org
www.lossantosdemaimona.com

Mancomunidad de La Serena

Castuera

Plaza de España, s/n
06420 Castuera
Tel.: 924 77 38 17
Fax: 924 76 06 35
www.laserena.org
oitserena@laserena.org

Mancomunidad de La Serena

Zalamea de la Serena

Hermanas de la Cruz, s/n
06430 Zalamea de la Serena
Tel.: 690 665 880
www.laserena.org
turismo@zalamea.com

Medellín

Plaza de Hernán Cortes, s/n
Tel.: 924 82 24 38
Fax Ayto.: 924 82 26 58
www.medellin.es
oficinadeturismo@medellin.es

Segura de León

C/ Castillo, 1
Facebook: @turismoseguradeleon
Tel.: 924 70 30 11
Fax: 924 70 31 09
www.seguradeleon.es/www.seguradeleon.com
turismoycultura@seguradeleon.es

Mérida

Oficina de Turismo del Teatro Romano
Paseo José Álvarez Sáenz de Buruaga, s/n
Tel.: 924 33 07 22
www.turismomerida.org
info@turismomerida.org

Talarrubias

Ctra. N. 430. km. 167
(frente al Camping)
Tel.: 924 63 11 51
cit_talarrubias@outlook.es
www.talarrubias.net

Mérida

Oficina de Turismo de la Puerta de la Villa
C/ Santa Eulalia, 62
Tel.: 924 38 01 91
www.turismomerida.org
infomerida@turismomerida.org

Villafranca de los Barros

Plaza de España, 11
Tel. y fax: 924 52 08 35
www.villafrancadelosbarros.es
turismo@villafrancadelosbarros.es

Monesterio

Paseo de Extremadura, 314
Tel.: 924 51 67 37
Fax 924 51 60 61
www.monesterio.es
oitmonesterio@gmail.com

Villanueva de la Serena

Plaza de España, 1 (Ayto.)
Tel.: 924 84 60 10 Extensión 41126
Fax: 924 84 35 29
www.villanuevadelaserena.es
oficinaturismo@villanuevadelaserena.es
www.laserena.org

Olivenza

Plaza de Santa María del Castillo, 15
Tel. y Fax: 924 49 01 51
www.ayuntamientodeolivenza.com
turismo@ayuntamientodeolivenza.com

Zafra

Plaza de España, s/n
Tel.: 924 55 10 36
www.visitazafra.com
turismo@zafra.es



Edita: Patronato Provincial de Turismo y Tauromaquia.
DIPUTACIÓN DE BADAJOZ

Texto: Israel J. Espino
Ilustraciones: Borja González
Diseño y maquetación: Mayte Alvarado

Patronato Provincial de Turismo y Tauromaquia.
Diputación de Badajoz
C/ Felipe Checa, 23
06071. Badajoz
Tfno: 924 212495
turismo@dip-badajoz.es
turismo.badajoz.es